

Un teatro para la infancia que tira de futuro

Gemma Quintana Ramos

Nieves Rodríguez Rodríguez obtuvo el XXII Premio ASSITEJ España de Teatro para la Infancia y la Juventud con su obra *Mi sueño de invierno* en diciembre de 2022. La protagonista es Yaryna, una niña ucraniana refugiada en Suecia junto a su familia, sus padres y su hermana Irochka. Cuando la autora escribe esta obra, la guerra de Ucrania acaba de comenzar oficialmente, una guerra devastadora que el pasado 24 de febrero de 2026 atravesaba su funesto cuarto aniversario. Pero *Mi sueño de invierno* comienza en 2014, cuando la anexión de Crimea y la guerra de Donbass marcaron el inicio oficioso de la invasión rusa, una violenta ruptura del orden internacional establecido tras la Segunda Guerra Mundial. Estas dos

niñas, de 10 y 12 años, poco saben de acuerdos internacionales, salieron con lo puesto al amanecer de su pequeña ciudad de Novozovsk en Donetsk para recalar en Suecia, dejando atrás su bicicleta, su casa, su país. La historia de esta familia ucraniana que huye de la guerra está situada en el origen de un conflicto que ya suma más de cinco millones y medio de refugiados. “Creo que no hay temas tabúes, y que si los hay, tenemos la obligación de erradicarlos” ha dicho Nieves Rodríguez Rodríguez en las páginas de esta revista; y su obra, en especial la que forja para la infancia y la juventud, es una contundente demostración de que los temas más complejos pueden atravesarse en comunidad, haciendo preguntas, confiando en la



©GUILLERMO DE LUIS

Mi sueño de invierno, con
dirección de Luis O'Malley

primer acto | 223

escucha, construyendo un teatro que acompaña, cuestiona y emociona.

La guerra está en esta obra y nos enfrenta también a otras heridas, que no marcan directamente las dolorosas cifras de muertos o desplazados. Habla de heridas emocionales, del único refugio que encuentra una niña que ha huido de la guerra cuando debe afrontar la posibilidad de que les denieguen el asilo y verse obligados a regresar. Se llama síndrome de resignación, un coma funcional que es la respuesta de muchos niños y niñas ante el miedo a regresar a la guerra. Yaryna cae en un sueño cargado de desesperanza, duerme, es lo único que puede hacer ante el abismo que abre la duda. En *Mi sueño de invierno* se construye un diálogo entre la Yaryna dormida y la adolescente que nos relata ese año de su vida, un año de su infancia, a través de un diario y su voz en el sueño, que solo su hermana puede escuchar.

“Creo en la palabra como un ser vivo y que en ella habita un bosque oculto. Creo que, en ese bosque, un rayito de luz puede ser más interesante que la palabra”. Esa palabra viva, cuidada, poética está presente en esta pieza sin ambages. Tiene el poder de adentrarnos en ese bosque de imágenes, con una narración rebosante de metáforas que respeta profundamente la capacidad del espectador infantil para acceder al territorio de la memoria y de lo simbólico; de identificación con la pérdida y el miedo que enfrenta esta niña que hiberna como una osezna bajo la mirada y los cuidados de su familia. La palabra de Rodríguez es siempre precisa, bellamente pulida, y tiene su escritura la valiosa (y arriesgada) virtud de ofrecer un territorio formal abierto para la creación artística. No hay aco-taciones, los espacios están apenas dibujados en los diálogos, donde cada lectura se llena

de nuevos sentidos, no exentos de magia, y las posibilidades escénicas se multiplican.

La propuesta que ha puesto en pie la jovenísima compañía La ministra, liderada y protagonizada por Alexia Alvarado, acompañada en escena por Sheila Martín, Miguel Morales y Yanara Moreno, y dirigida por Luis O'malley, se sustenta en la interpretación orgánica desde lo cotidiano, sin forzar dramatismos ni rasgos infantilizantes, de la vida de una familia que espera y cuida, cuida y espera. Una familia desarraigada que trata cada día de cumplir una rutina que mantenga a raya los miedos, abrazando la cotidianidad en silencio, para no alertar a los monstruos de la memoria y la incertidumbre.

En un espacio escénico a la italiana, pero a la altura del espectador, la propuesta se inspira en la idea de un campamento improvisado, un lugar de espera, cubierto por una gran manta hecha de retazos, la única propiedad familiar, un suelo inestable pero acogedor. La escenografía está compuesta por un gran marco de madera, un umbral que comunica la actividad cotidiana y el sueño de Yaryna. Mientras, algunas cajas al fondo, de donde sale el poco atrezo que requiere la puesta en escena, remarca la sensación de transitoriedad de ese hogar en riesgo. Pero dentro de la provisionalidad de la situación, hay una necesidad de inventariar lo que ocurre, de inmortalizar los momentos importantes en la construcción de esta nueva vida para que, tal vez, cuando Yaryna despierte pueda saber qué pasó durante su letargo. Por eso, en algunos momentos importantes, la luz de un *flash* y el sonido del obturador de una cámara fotográfica nos recuerdan que asistimos a la historia íntima de una familia. Estas imágenes aparecerán materializadas al final y la

familia las colgará, una a una, en este gran marco como promesa de un nuevo futuro.

Aunque no se trata de un espectáculo de objetos, se nutre de algunos recursos que no solo juegan con el simbolismo del texto, sino que buscan conectar con la sensibilidad y la mirada lúdica del espectador infantil. La manera en que los personajes ajenos a la familia, como la doctora, la psicóloga o el funcionario entran en escena a través de elementos como una bata blanca y un pantalón, movidos por un ingenioso juego de poleas, o los momentos que las niñas recuerdan de su viaje, que quedan encapsulados en unas cajas blancas de teatro de sombras. Esta lectura metafórica que presenta el espectáculo se activa especialmente con la silla de ruedas de la niña que se convierte en elemento protagonista de la narración, apareciendo como un enorme trineo con forma de cisne, bellísimamente construido y con toda la sencillez de un juguete de madera. Durante un sueño, Yaryna y su hermana son dos cisnes que surcan un lago y llegan a un mar violeta donde sopla una brisa que huele a casa. Se convierte en un símbolo de libertad y del vínculo familiar. Pero es, sobre todo, un gran signo de interrogación. Yaryna escribe su historia para poner en palabras su silencio, pero también para pedir una respuesta, que el tiempo y la espera no parecen haber contestado. Es una pregunta sobre el futuro que, en la realidad,

cuatro años de guerra después, nadie ha podido responder.

La siembra de los números y *Mi sueño de invierno* fueron dos textos de Nieves Rodríguez Rodríguez que la Escuela de Actores de Canarias seleccionó para su participación en 2022 y 2024 en los Ciclos de Lecturas ASSITEJ España. De la primera lectura nos quedó la dureza del trabajo infantil, la blandura del algodón de una amistad entre dos niñas que se protegen en un sistema cruel que las explota y el encuentro con una autora que da cabida a la complejidad temática de un mundo (el mismo) que habitamos todas, niños, niñas, jóvenes y adultos, desde una poética certera, sin ingenuidades, pero calada hasta los huesos de verdad y belleza. De la segunda, la semilla de un trabajo de investigación sobre cómo contar a nuestras niñas y niños esas otras infancias, firmado por Alexia Alvarado y merecedor de la Primera Beca Fundación Mapfre Canarias que respalda proyectos artísticos de recién egresados en la Escuela de Actores de Canarias. Esta beca ha permitido a esta joven compañía hacer una apuesta decidida por este teatro para el público infantil y juvenil que emociona, que amplía su imaginario y que sostiene la esperanza y la belleza con la creencia firme de su derecho a un teatro para conocer y mirar el mundo con sensibilidad crítica y excelencia artística •

Yaryna escribe su historia para poner en palabras su silencio, pero también para pedir una respuesta, que el tiempo y la espera no parecen haber contestado.